

LA NOVELA GRÁFICA

Año I - Sale los martes - N.º 4

JOLLY

25 Cts.



Dionisia Jacobini en JOLLY

JOLLY

*Es propiedad de los editores.—
Hecho el depósito que marca
la ley.*

JOLLY

vida y muerte de un clown

Adaptación literaria de la her-
mosísima película del mismo
nombre.

Concesionarios exclusivos:

Procine, S. A.

Consejo de Ciento, 332. — BARCELONA

Dirección artística:

Augusto Genina

Interpretada por

Dionisia Jacobini

y

Alex Bernard

AÑO 1

MADRID BARCELONA-LOS ANGELES

NÚM. 4

LA NOVELA GRÁFICA

PUBLICACIÓN SEMANAL CONSAGRADA AL ARTE DEL SILENCIO

Redacción y Administración:

Rambla de las Flores, 30, 1.º

Teléf 4656 A. — BARCELONA



Talleres Gráficos propios:

Bou de San Pedro, núm. 9

Teléf. 1167 S. P.-BARCELONA

Corresponsales: En todas las poblaciones de España y América

JOLLY

I

L LUEVE.

La lluvia cae terca, persistente, obstinada, empapando la tierra, cuyos límites se borran.

Ulula el viento azotando el desnudo ramaje de los árboles que gotean, como si llorasen bajo la huraña de un cielo gris, cerrado, y carretera adelante avanzan penosamente un hombre y un perro.

De vez en vez, el can sacude su hirsuta pelambra, y continúa, resignado, chapoteando en los innumerables charcos de aquel sendero sin fin.

El hombre, abrumado, vencido, arrastra la pe-

sadumbre de sus años, de sus derrotas, calladamente, con esa conformidad de lo irremediable, acaso sin esperanzas, sin ilusiones, tal vez...

Dijérase que la fatalidad les empuja hacia no se sabe dónde, que el infortunio se ceba en hombre y bestia obligándoles a pasear sus hambres a lo largo de los caminos desiertos, entre la hostilidad de los elementos.

Hay instantes en que la lluvia parece espesarse, enfurecerse por el rugir de los vientos desembridados, y cielo y tierra adquieren el mismo color triste, como si la tristeza infinita del vagabundo y la hostilidad de su perro acompañante se comunicaran a todas las cosas, se fundiesen en el agua y en el aire.

Como ajenos a cuanto les rodea, continúan hombre y perro andando, sin prisa, tal que si no se dirigiesen a parte alguna y fuese su destino andar siempre, privados del derecho de hacer alto en la marcha fatigosa.

Uno y otro carecen de voluntad y acaso, también de pulso. Son dos cosas que se mueven, dos bultos que avanzan, con mayor rapidez que ellos, la noche en cuyo misterio irán a abismarse.

De pronto el perro se detiene, ventea, aulla. Luego olisquea a su amo, se le entreperna, pretende hablarle con los ojos...

A lo lejos se ve brillar una luz...; luego otra... y otra...

El can mueve con viveza la cola, se enarca, pone el hocico a un dedo del barro, inclina hacia adelante las orejas...; después da un salto...

Las pupilas del hombre perforan la cortina de agua, taladran las sombras... Sí, son luces aquellos botones de oro que fulgen en la lejanía...; luces que parecen centinelas de la vida...; pequeños faros para guía de caminantes...

Y, apenas interrumpida, hombre y perro rea-



... conviértese, en fin, en un clown...

nudan la marcha, con la esperanzas de hallar un albergue donde puedan refugiarse, calmando, sino el hambre, la fatiga...

Media hora después, Jolly, el renombrado clown

de circo que, como ayer paladeó los placeres del triunfo, gusta en su decadencia las acibaradas hieles de la derrota, penetra, acompañado de su inseparable can, en una posada bienhechora situada en los suburbios de una villa provinciana.

El dueño del figón le sale al paso.

— Aquí — dice — tenemos prohibida la entrada a los pordioseros.

— Estáis en un error — musita Jolly —. Yo no soy un mendigo.

— ¿Pretenderéis que os tome por un príncipe andariego?

— Tanto como príncipe he sido, pues que las multitudes me proclamaron rey.

— ¿El rey de la risa? — preguntó socarronamente el hostelero.

— ¿Y os parece poco el saber hacer reír?

— Bueno; menos charla inútil... ¡Largo de aquí he dicho!

— Aveníos a razones, señor mío... Soy Jolly, el famoso clown, disputado por las empresas, ovacionado por todos los públicos... ¡Jolly, que ha hollado con sus plantas alfombras reales! ¡Jolly, frenéticamente aplaudido, proclamado el primero, el único de los payasos...

El dueño del figón le vuelve la espalda, y Jolly se deja caer, rendido, extenuado, en una banqueta próxima a una mesa en torno a la cual se agrupan hombres y mujeres de arbitrario indumento. Son artistas de un circo ambulante, de uno de esos circos que llevan hasta la más humilde aldea, un poco de emoción.

Jolly, al oírles hablar de equilibrimo y de malabarismo, no duda de la profesión de aquellos desconocidos... Por un momento abre su pecho a la esperanza, y aún revive, en un solo minuto, su pasado esplendoroso, las noches inolvidables de sus triunfos, arrullado por los aplausos, mecido por la gloria...

Se recupera, se anima, se exalta. Piensa que todavía puede domar al éxito, pasear el airón de su gracia a través de la humanidad ansiosa de reír; que se halla en posesión del divino tesoro de la juventud.

Y, resueltamente, ilusionado, se dirige a los artistas solicitando un puesto en la farándula.

— Soy Jolly, el famoso clown — repite — ovacionado por todos los públicos...

Los titiriteros le toman por loco, por uno de esos viejos maniáticos que ruedan por el mundo pregonando pasados que no existieron, éxitos que jamás lograron.

Y Jolly, ante la incredulidad de sus oyentes, les muestra programas de pretéritas y para él imborrables épocas, exhibe certificados y fotografías... Luego se ofrece a representar en colaboración con su perro y consocio, uno de los pasos cómicos que antaño fueron muy celebrados.

— Dejad que haga alguna cosa — propone una mujer obesísima.

— ¡Pero si es tan viejo! — objeta el director del circo.

Jolly desenvuelve apresuradamente un pequeño atillo; se pone una peluca, se embadurna el rostro;

pintarrajea sus labios; peralta sus cejas...; conviértese, en fin, en un clown de las noches de *grand succès*... Y comienza el ejercicio, poniendo todo su empeño en la prueba.

Mas sus esfuerzos resultan infructuosos, puesto que lucha con la decrepitud y el hambre... La infinita tristeza que le roe, como un cáncer, el alma, anula sus facultades, entenebrece la comicidad de sus frases, de sus gestos... El perro, demasiado filósofo tal vez, o también, como su amo, desfallecido, no se coloca a la altura de su fama. Y Jolly, que pensaba provocar la risa franca y ruidosa, sólo obtiene sonrisas burlonas, despiadadas, crueles, que le traspasan el corazón, aquel corazón de artista en el ocaso...

Vencido, humillado, abandona la posada, recibiendo en su faz ardorosa, al salir a la calle, la caricia fresca de la lluvia que sigue cayendo terca, persistente, obstinada...

II

JOLLY, con su perro, se guarece en una granja de cuyo tapial arrancó el viento la puerta.

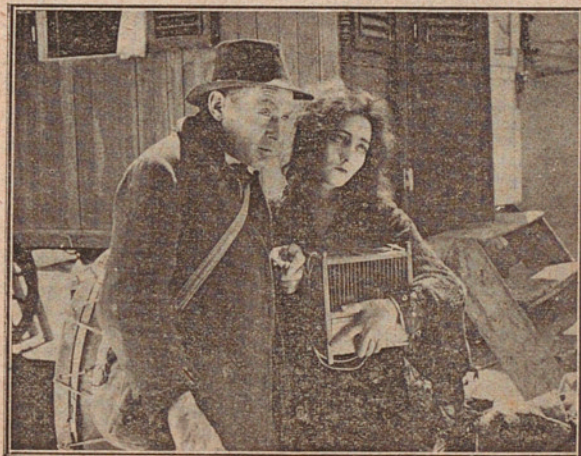
Se agazapa debajo de un carro, sobre un montón de paja, y allí permanece abatido, sintiendo en lo más íntimo de su ser la amargura de la derrota.

El rayo de luz que puso un instante claridad de alborada en su espíritu, se ha extinguido. Ante sus

ojos, llenos de bruma y de lágrima, se cierra el porvenir.

La fatiga le rinde; el hambre le extenua. Jolly se acurruca, se ovilla, tal que si quisiera empequeñecerse más, anularse, olvidarse de que aún alienta...

Mas el perro husmea, va de aquí para allá, es-



... parece prestar a la desdichada pareja...

carba, revuelve... y de pronto pónese a ladrar... Jolly abre los ojos desmesuradamente, se restrega los párpados... En su semblante se refleja el asombro... Acaba de surgir del fondo del pajar una niña

astrosamente vestida, pero hermosa... con una pequeña jaula en la mano.

— Si me das diez céntimos — propone — te digo la buenaventura.

Jolly suspira y pronuncia con desaliento:

— ¡Diez céntimos!... Tan pobre soy que ni de esa moneda dispongo.

— No importa. Yo también soy pobre...

— ¡Pero tú eres joven!

La muchacha introduce una mano en la jaula; saca un pajarito; del pico de éste extrae un papel...

— ¿Ves? — dice, risueña —. ¡Alégrate, hombre! El Destino asegura que tendrás suerte...

Después ofrece a Jolly un mendrugo de pan, que el payaso parte con su perro, y, conmovido, exclama:

— ¡Qué buena eres!

— Di más bien desgraciada... como tú... hasta hoy... Pero a ti te favorecerá la Fortuna... ¿Cómo te llamas?

— Jolly.

— ¡Uy! ¡qué nombre tan bonito!... ¡más que el mío!... ¿No sabes cómo me llamo?... Magda... ¿Verdad que es feo?...

— No, no; muy lindo... ¡tanto como tú!...

Magda agradeció con una sonrisa el elogio, y luego preguntó:

— ¿Hacia dónde vas?

— Pues... no lo sé.

— Entonces, igual que yo.

— ¿No tienes casa?

— Ni familia. Soy huérfana... ¡Si tú quisieras!...

— ¡Qué!

— Ser amigo mío...

— ¿Por qué no he de querer?

— ¿De veras?... ¿Y me acompañarás por el mundo?... ¿Y no me pegarás nunca?...

— No, nunca...

— ¡Ay, cuánto te quiero!...



... después de contemplar largo rato a la chavalilla...

Y desde aquel instante, Magda y Jolly, sellado el pacto de amistad y compañerismo, se consideran dichosos en su desgracia, puesto que constituyen una familia, la familia a la que incorporan al perro, y que se lanzará a la conquista del porvenir,

sin otras armas que la experiencia del viejo y la hermosura de la joven.

— Tengo frío — dice Magda.

Y Jolly, paternal, cuida de arroparla, disponiéndose a velar el sueño de aquel ángel de pureza que puso Dios en su camino.

* * *

La mañana, esplendorosa, empenacha de optimismo el espíritu de Magda y del payaso. El sol, que fulge en lo alto, a más de calor parece prestar a la desdichada pareja nuevas actividades, alientos nuevos, cierta insospechada confianza en sí mismos.

Y por el primer camino que se abre a sus pies emprenden la ruta.

¿A dónde van? Ni ellos mismos lo saben. En busca del acaso, esperanzados con hallar en un recodo del sendero a un enviado de la Fortuna...

El perro, saltarín, haciendo inverosímiles cabriolas, les precede, tal vez les guía...

Una alegría en mucho tiempo no sentida les llena el alma, vestida ya de fiesta. Magda, ríe. Jolly, se enternece... Todo en torno suyo parece animarse, embellecerse. Es el gozo interior que se comunica a las cosas, como ungidas de una gracia paradisiaca...

A sus oídos llegan, con la brisa, gratos sonidos...

— ¿Qué música es esa? — pregunta la hermosa criatura.

— No sé... — responde el clown que, como nunca, se siente vivir.

A medida que avanzan, se hacen más perceptibles los sonidos, adquieren mayor concreción...

De pronto, Magda exclama:

— ¡Pero si es un Circo! Sí... sí...; mira allá... ¿Lo ves?... Allí, donde flamea una bandera y se apelotona la gente...

Y palmoteando gozosa, prorrumpe:

— ¡Es la suerte!... ¡Es la suerte!...

En efecto, un Circo se levantaba en aquella plaza inundada de sol, a la que no tardan en llegar Magda, Jolly y su perro.

— Ven conmigo... ¡ya verás! — dice la muchacha al payaso.

— ¿Qué te propones?

— Pedir contrata.

— Es inútil que lo intentes.

Magda, sin embargo, se acerca al director de la «troupe» — que es el mismo que rechazó la anterior noche a Jolly — y solicita entrar a formar parte de la compañía.

El dueño del circo, después de contemplar largo rato a la chavalilla, a quien encuentra muy linda — tanto que se extasia en la contemplación —, pregunta:

— ¿Qué sabes hacer?

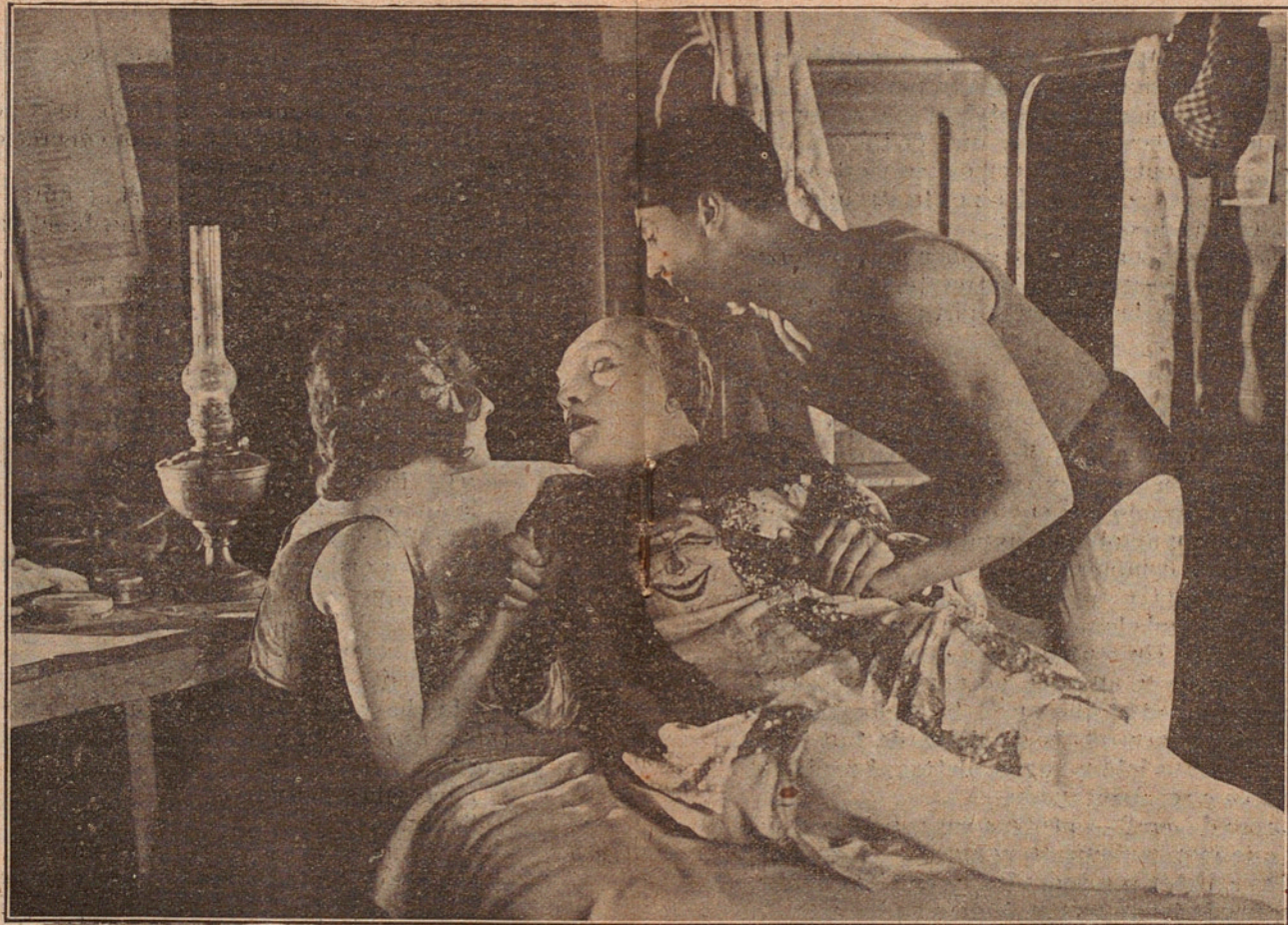
— Bailar.

— Quizá me convengas... ¿Eres sola?

— No. He de contratarme con este y su perro.

— ¡Ah!... ¡El viejo clown!... ¡Pero si ya no sirve!...

— ¡Pues entonces, nada!...



Muerte de Jolly

El director, hombre de pasiones censurables y gran catador de doncellitas, acaba por ceder... Le gusta la moza, piensa en lo dulces que serán sus besos, en los ratos de dicha que podrá pasar a su lado... y la contrata, así como a su viejo acompañante, quienes son acogidos por la «troupe» con vivas muestras de cordialidad.

Magda reparte sonrisas entre sus nuevas compañeras... Jolly desarruga el entrecejo, y el perro brinca como si se hallara en la pista...

* * *

Se aproxima el momento del «debut» de Magda.

Esta, en presencia de Jolly, se atavía con ropas que le ofrecieron sus compañeras, poniendo gran esmero en el tocado, en cuya tarea le sorprende André, un joven acróbata, prendado de los encantos de la nueva compañera.

André permanece unos minutos en la puerta, contemplando embelesado a Magda, sin atreverse a acercarse a ella, sin osar siquiera dirigirle la palabra. Sus pupilas se animan, no por el deseo, sino por los sentimientos que en él ha despertado la gracialidad, la ternura, la candidez de tan linda doncella, y en sus labios parece aletear el madrigal que no llega a ser desgranado.

— ¡Largo de aquí! — gruñe a sus espaldas el director, que inopinadamente aparece —. Los cuartos de las artistas son sagrados, y en ellos, nadie, sino yo, puede tener acceso. Vete a tu faena.

Jolly sale del aposento. André replica:

— Ninguna tengo.

— ¡Cómo! ¿Te sublevas?...

— Digo que no quiero trabajar más a sus órdenes.

— ¡Está bien, muchacho!... Como te consta que nada vas a conseguir de la hermosa Magda, que, por lo visto, te interesa, quíeres alejarte... Pues, conforme: márchate cuando quieras. Lo que sobran en mi circo son «números» sensacionales... ¡Largo de aquí, repito!...

El acróbata tiene que retirarse o, al menos, hacer como que se va, pues conociendo las intenciones del director — quien, por razón de su cargo, créese con derecho a abusar de las artistas — no quiere dejar desamparada a Magda.

Esta, al ver que se le acerca el director con los ojos llameantes, siente un estremecimiento... Su instinto la advierte de que aquel hombre antipático es capaz de cualquier felonía, y pretextando tener que ir a ver a Jolly trata de evitar un peligro que no sabe en qué consiste...

— ¡Qué hermosa eres, criatura! — dice el sátiro, cogiendo con su manaza velluda el brazo de Magda.

Y como ésta, aunque esforzándose por sonreír, le ruega con la mirada que la guarde el mayor respeto, añade el director:

— Conmigo no gastes tantas monadas... Ya sabes: para ser algo en mi circo no has de mostrarte arisca conmigo... Soy tu amo... ¿te enteras?... Y aquí hay que dar gusto al amo.

Jolly, asomando por la puerta su enharinada faz para advertir a Magda que va a comenzar su «nú-

mero», pone fin, de momento, a una escena que sabe Dios cómo hubiera acabado.

* * *

La aparición de Magda, Jolly y su perro en la pista, es saludada con una salva de aplausos, que se repite más entusiástica a cada nueva gracia del clown, y al final de todos los bailes de la linda danzarina.

El triunfo de ésta es rotundo y definitivo. Los espectadores, maravillados de la elegancia y refinamiento con que ondula los brazos y mueve las piernas — ágiles y bellas — la hermosa bailarina, no cesan de aplaudirla.

Y cuando la música cesa y termina la danza, todos piden a voces un nuevo baile..., hasta que rendida, pero gozosa por el éxito alcanzado, tiene que retirarse Magda en medio de una ovación.

Jadeante, palpitante, comienza en su cuarto a desvestirse la artista, cuando irrumpe de improviso el director, que, so pretexto de felicitarla, aprovecha la ocasión para hablarle apasionadamente, mirándola con ojos de lascivia, tremante de deseo.

Intenta ceñirla con sus brazos el talle, y Magda evita el ser abrazada.

— ¡Hola! — parece que la fierecilla no deja dormirse — barbota iracundo —. ¿Prefieres quizá al acróbata?... ¡Pues, no, niña! Yo tengo más derecho que él y que todos... ¡Y has de ser mía! ¡toda y sólo mía!...

Y uniendo la acción a la palabra, la aprisiona entre sus brazos, tratando de besarla...

Magda se defiende valerosamente, con los dientes, con las uñas. Pide auxilio a gritos... El sátiro ruge, zarandea a la niña, inmovilizándola luego, derribándola después...

— ¡Cobarde! ¡Canalla!... — apostrofa Jolly pe-



Magda, en presencia de Jolly...

netrando en el aposento y saltando, corajudo, al cuello del malvado.

La lucha, más que de hombres, parece de fieras. Uno y otro, enfurecidos, arañan, dentellean, des-

garran, como monstruos que quisieran despedazarse.

Ninguno de los dos grita; no profieren amenazas, ni blasfeman... Rugen, jadean... hasta que se ve triunfante a Jolly, al viejo clown sin gracia, pero con energías sobradas para castigar a un canalla.

Magda, que presencié horrorizada tan feroz lucha, se abraza al cuello del payaso y, temblorosa y con lágrimas en los ojos, le dice:

— Vámonos de aquí, Jolly... Ese hombre me espanta. ¡Es un bruto!...

— Sí, sí...; en el acto abandonamos este lugar maldito.

— Y yo voy con ustedes — añade el acróbata.

Precipitadamente los tres, con el perro del clown, salen del circo, lanzándose a la ventura...

III

La nueva «troupe», aunque reducida, notable, comienza a trabajar en plazas y paseos públicos de cuantos pueblos y ciudades encuentran en el curso de su ruta, alcanzando honores y provecho.

Jolly es feliz en esta nueva existencia para él iniciada en el momento del encuentro con Magda, a la que adora. Se siente joven, en la plenitud de sus facultades, y considérase dichoso viendo resurgir sus pasados días de gloria artística y recreándose en la contemplación de la divina criatura, a la que dedica todos sus pensamientos... con la espe-

ranza de ser, andando el tiempo, amado por ella.

¡Pobre Jolly! Joven es su espíritu; tierno y sensible su corazón...; pero, ¿a qué llamar a las puertas del amor, si el amor huye de la vejez?...

Magda le quiere, sí; más de distinta manera a como él deseara: con cariño filial, pues que le tiene como a un padre... Jolly es para ella todo menos el galán con que se sueña... Por él diera su misma vida; mas no el corazón que ha entregado a André, al que ama con todo el calor de su juventud espléndida, correspondiéndola el acróbata con un amor fervoroso, de superación, de purificación...

Jolly se rebela contra sí mismo, por su aspecto miserable de agotamiento, de decrepitud.

— ¿Por qué no ser joven — se dice — para que sus ojos me mirasen amorosamente?...

Y mientras los enamorados, favorecidos por la fortuna, van pregonando su dicha por aldeas y villorrios, arrullados por la música de los aplausos y la melodía de sus quereres, Jolly, el viejo, angustiado, dolorido, arrastra, con su vejez, la desilusión que aun le avieja más.

De sus pupilas huyó la luz, como de su rostro, surcado de arrugas, huyó la alegría.

El desdichado clown había soñado en el amor; llegó a creerse con derecho a recobrar, sino la perdida juventud, la ilusión de sentirse amado... y, de pronto, la realidad le hace ver, descarnado, al payaso senil, al muñeco grotesco de faz embadurnada cuya misión no es otra que hacer reír.

Jolly suspira con frecuencia. Jolly llora en silencio, en la quietud de noches para otros ventu-

rosás, sintiendo que el pesar le ahoga y los celos le muerden como víboras implacables... Son los suyos unos celos horribles, feroces, salvajes, y en el corazón del payaso, jugoso como en los días alegres y fecundos de su mocerío, vierte el odio sus primeras gotas de rencor...

André advierte la hostilidad manifiesta con que le trata el clown, de quien tiene también celos, pues vióle entrar una noche en el cuarto de Magda, y propone una fuga a la amada.

— Nosotros podemos ser felices — dice — debemos serlo. Y puesto que poseemos alas en el corazón, echémonos a volar.

— Dejando a Jolly? ¿Abandonándolo?... ¡No!

— Jolly es viejo; nos entorpece, nos estorba...

— Necesitamos de sus consejos..., de su cariño...

— Nos basta, para vivir dichosos, con el nuestro.

— No seas malo, André... Jolly se moriría de pena si tal hiciéramos.

— ¡Que se muera!... Él ya vivió su vida... A nosotros nos reserva el porvenir muchas horas de felicidad... ¡Huyamos!

El viejo clown escucha, sin ser visto, la conversación de los enamorados, y sufre horriblemente, y llora y se muerde los puños de rabia.

A veces brillan de un modo siniestro sus ojos, y aprieta, colérico, los dientes hasta hacerlos rechinar. Lucha consigo mismo, sosteniendo ruda batalla en su espíritu el amor y el deber.

— Vámonos, Magda — insiste suplicante, André.

— ¡No! — exclama Jolly presentándose de prón-

to... No os iréis... o, cuando menos, Magda no se irá.

— ¿Por qué?

— Porque yo me opongo; ¡yo, el viejo que estorba!...

— ¿Tienes sobre ella algún derecho?

— Más, mucho más que tú.



— ¡Qué hermosa eres, criatura!...

— ¿Quieres dar a entender que la amas?...

— Sí... ¡Ya lo sabes!... La amo más que a mi vida... La adoro... Por ella soy capaz de los mayores sacrificios.

— ¡Qué ridículo te pones, viejo payaso.

— No me insultes... Mira que aun me sobran energías para retorcerte el pescuezo y pisotearte.

— ¡Por Dios, Jolly! — dice Magda, interponiéndose.

— ¡Aparta!... Necesito castigar a quien se ha mofado de mí, a quien pretende robarme lo que más quiero...

Y con rápido movimiento se abalanza contra André, a quien logra derribar.

— ¡Jolly!... ¡Jolly!... — suplica Magda—. Vuelve en tí... ¡Serénate!... ¡No le hagas daño, Jolly..., porque le amo!...

El clown reacciona súbitamente. La voz de la criatura a quien adora le ha llegado al alma, y en un rasgo de generosidad ayuda a ponerse en pie al acróbata.

— Perdón, André — musita —. No supe lo que hacía... Debí de sufrir un ataque de locura...

IV

La caravana ha hecho alto en un lugar que arde en fiestas.

Jolly, tras de una noche interminable en que se generó en su conciencia un espantoso crimen, va pregonando por calles y plazas el grandioso y emocionante espectáculo que se celebrará por la tarde.

En torno del clown, la desarrapada chiquillería ríe, saltarina y aplaude.

Al pasar el payaso por delante de la iglesia, se

detiene, medita un poco y por fin penetra en el templo.

Jolly siente una infinita tristeza, una mortal angustia. Necesita orar, aquietarse, recobrar su equilibrio moral. Se arrodilla, eleva la mirada hasta el altar, fulgente como un ascua de oro. Luego inclina su cabeza sobre el pecho, y mientras el órgano expande por las naves de la iglesia sus inefables melodías, el payaso recuerda el mandamiento divino: «¡No matarás!».

Se extremece Jolly, pónese en pie, y con paso inseguro abandona la casa de Dios...

Va en la calle, hace sonar de nuevo la trompeta, y con su voz cascada, el payaso anuncia:

«Señoras y caballeros...: esta tarde se efectuará en la plaza el verdadero salto de la muerte... ¡lo nunca visto! ¡El mayor triunfo de esta «troupe»!...»

De regreso al carretón que les sirve de vivienda ambulante, Jolly recibe de Magda una prueba más de su hondo afecto, consistente en un traje de clown que ella en secreto había bordado.

El payaso fija en los ojos de Magda sus pupilas, que tienen llamaradas de relámpagos.

— ¿Amas a André? — pregunta con voz sorda.

— Sí, Jolly: le amo con locura... Creo que a su lado seré feliz...

— ¡Lo serás! — afirma el clown, y se refugia en su departamento, donde pacientemente va preparando todo lo necesario para la función: el globo, el trapecio, las cuerdas...

Después se queda largo rato pensativo, abismado, como alejado del mundo y de sí mismo...

* * *

En la plaza pública, formando grueso cordón humano, se apiña la multitud, deseosa de emociones.

A la hora anunciada hacen su aparición los titiriteros y suenan los primeros aplausos.

Son echados a volar unos cohetes que se pierden en el infinito, y en seguida, al redoble de un viejo tambor, Jolly y su perro empiezan a dar saltos inverosímiles sobre la alfombra que sirve de pista; mientras el público celebra con fuertes risotadas las cabriolas, las contorsiones, las muecas y las ocurrencias con que el clown ilustra su trabajo.

Jolly no parece el mismo de horas antes. Dijérase que en su alma ha colgado todos los cascabeles de alegría, y se complace en agitarlos, acaso para aturdirse, para olvidarse del dolor que le roe las entrañas...

— «Ahora, señoras y caballeros — anuncia, jadeante, el viejo clown — va a verificarse el más arriesgado de los ejercicios... El intrépido señor André, uno de los mejores acróbatas del mundo, realizará en el trapecio que pende de ese globo, un trabajo emocionante... Atención... y cuidado con reirse...»

Pero al disponerse André a trepar por la cuerda, Jolly se adelanta, y, haciendo ridículas genuflexiones y grotescas zalemas, dice:

— Señor Augusto...: permitid que hoy sea yo, el viejo clown, el fracasado clown que estorba, quien

alcance el mayor de los triunfos... Hoy es Jolly quien verifica la ascensión...

Magda palidece. André se queda absorto... pero Jolly, después de besar en el hocico a su perro, se agarra a la gruesa cuerda, y antes de que sus compañeros puedan evitarle, trepa por ella con la ligereza de un felino...



Magda, que presencia horrorizada tan feroz lucha...

Ya llega a lo alto..., a un metro del trapecio, que se balancea por el movimiento del aerostato. Magda y André, sobrecogidos de espanto, siguen con los ojos desorbitados la ascensión de Jolly... que alarga

el brazo para apoyar una mano en el travesaño de hierro...

Mas en aquel instante, un grito desgarrado, ensordecedor, retumba en los ámbitos de la plaza... Las cuerdas del trapecio se han roto y cae Jolly a los pies de la pareja de enamorados..., quedando como una piltrafa, inmóvil, sin la menor señal de vida...

El pánico se apodera de la multitud. Mujeres y niños corren despavoridos, horrorizados, y unos mozos acuden solícitos a recoger el cuerpo sangrante del viejo clown, mientras Magda llora amargamente sostenida por los brazos de André, que permanece taciturno...

* * *

Trasladado el moribundo a una casa inmediata, el médico que acudió en su auxilio, asegura que es inútil cuanto se haga por dar vida al payaso.

Jolly agoniza... Su mirada, vaga, se detiene un punto en Magda, inclinada sobre el cuerpo del viejo amigo, y éste balbucea:

— ¡Te... amo!... ¡Te amo!...

Luego se agita en postrera convulsión... y después... ¡nada! ¡Jolly ha muerto!

Con Magda, acaso más que Magda, llora el perro del clown, el más fiel amigo del viejo, del infortunado Jolly...

FIN

El próximo número será extraordinario y constituirá un merecido

HOMENAJE A FRANCESCA BERTINI

la más grande de las artistas cinematográficas italianas.

El arte de esta estrella excepcional en la pantalla, no ha sido superado por ninguna otra artista y su creación de

F E D O R A

culminó en los límites de lo realmente excepcional.

Así, pues, **La Novela Gráfica**, rindiendo merecido tributo de admiración a esta artista eximia, publicará la adaptación literaria de

F E D O R A

que es el film cumbre en el cual

FRANCESCA BERTINI

dejó reciamente definida su altísima calidad de artista genial.

Precio del ejemplar, fastuosamente presentado: **60 cts.**

Pida usted el tercer número de
LA NOVELA GRAFICA

que publica

Labios que mienten

interpretada por

Florence Vidor

y

House Peters



Exclusiva Procine, S. A.

CONSEJO DE CIENTO, 332

BARCELONA



LA NOVELA GRÁFICA

será la amiga inseparable de los amantes del cine. Ella será quien le oriente en el camino del verdadero arte del silencio y en sus páginas encontrará los más bellos asuntos de la producción mundial.

LA NOVELA GRÁFICA

no podrá nunca ser superada en belleza literaria ni aventajada en presentación material.

¡ADEMÁS! nuestra publicación quiere que todos sus lectores vayan reuniendo poco a poco las más bellas fotografías de sus artistas predilectos. Al efecto ha establecido los siguientes

REGALOS

La postal que va adjunta a cada ejemplar de LA NOVELA lleva un número en el dorso y a los que resulten iguales a los TRES PRIMEROS PREMIOS del sorteo de la Lotería Nacional del 10 de cada mes, les serán adjudicados los siguientes

PREMIOS

PRIMERO

Un pase para CIENTO FUNCIONES en el cine que se desee de cualquier localidad de España.

SEGUNDO

Un pase para CINCUENTA FUNCIONES en el cine que se desee.

TERCERO

Un pase para VEINTICINCO FUNCIONES en el cine que pida el lector.
Se adjudicarán además otros

300 PREMIOS

consistentes en una MAGNÍFICA FOTOGRAFÍA del artista que se desee, ejecutada en insuperable CARTULINA ESMALTE, tamaño 22 x 26 centímetros. Estos premios serán adjudicados a los poseedores de todos los números del centenar de los tres primeros premios.

Para recibir estos premios, bastará con remitir la postal premiada a nuestra administración, anotando al dorso los siguientes detalles:

Nombre y dirección de la persona favorecida con el premio.—Nombre del artista que se desee recibir. Los gastos de envío, son por nuestra cuenta.